



bajo este ominoso yugo; pero divididos en sectas religiosas y mutuamente encarnizados, no eran capaces de trabajar unidos para librarse, como sus antepasados, del yugo extranjero y reconquistar una gloriosa y pacífica existencia. Después de la muerte de Heródes se repartió la Palestina entre sus tres hijos: Arquelao obtuvo, como etnarca, la Judea, la Idumea y la Samaria; Filipo, como tetrarca, la Batanea, la Iturea y la Traconita, y Heródes, por el mismo título, la Galilea y la Perea. Después de otra revolución fué desterrado Arquelao á las Galias (6 años después de Jesucristo), y su pro-

vincia administrada por el procónsul de la Siria y un gobernador. El más conocido de estos gobernadores, y el quinto en la sucesión, fué Poncio Pilátos (desde el 28 hasta el 37 de Jesucristo). El sumo sacerdote y el sanedrín administraban los asuntos religiosos, pero en los negocios públicos no tenían más que una influencia muy limitada. En el año 39 el favor de Claudio elevó á Heródes Agripa á la monarquía de toda la Palestina; pero después de su muerte (44 de Jesucristo), el reino volvió á ser una provincia romana, administrada por gobernadores también romanos.

CAPÍTULO VI

Los judíos fuera de la Palestina, morando entre los paganos.—Influencia reciproca de los unos sobre los otros.—Helenistas.—Prosélitos paganos.

FUENTES: Remond, *Historia de la propagación del judaísmo desde Ciro hasta la caída del reino de Judá*; Leip., 1789.—Groot, *De migrationibus Hebr. extr. patriam ante Hieros. á Rom. delatam*; Gron., 1817.

Hemos visto que tan sólo un reducido número de judíos se había aprovechado de la autorización de Ciro para volver á Palestina. La mayor parte se habían quedado en Babilonia, y desde aquí se habían ido extendiendo cada vez más hácia el Oriente. Los reyes de los homéridas, de la Arabia Meridional, habían abrazado el judaísmo (unos 100 años ántes de Jesucristo) (1), y Alejandro el Grande había permitido que se estableciese en Alejandría una colonia judía. Desde aquí, multiplicándose los judíos, se fueron esparciendo por las regiones inmediatas al África, hácia el Asia Menor y la Siria, adonde los llamaban á la vez los recuerdos de la patria y el espíritu mercantil. En tiempo de Augusto se les ve diseminados por todas las partes del imperio romano; y para distinguirlos de los judíos de la Palestina los llamaban «judíos de la dispersión» (*Hoi en te diaspora*); aunque á pesar del alejamiento conservaban relaciones activas con Jerusalem, reconocían sus autoridades eclesiásticas, y pagaban un tributo anual al templo (*didracma*), al

cual con frecuencia enviaban sacrificios é iban en peregrinación. Así permanecieron á pesar de las más desfavorables circunstancias y á través de largos periodos, invariable y maravillosamente adictos á la religión de sus padres y á su antigua nacionalidad; pero poco á poco, entre ellos lo mismo que en la madre patria se manifestó una tendencia marcada á acomodarse á los usos extranjeros, y de aquí nació el *parsismo* y el *helenismo* de aquellos judíos dispersos. Separados de la madre patria, fueron perdiendo insensiblemente los rasgos más visibles y originales de su carácter nacional, tan exclusivo y tan hostil á toda influencia extraña. En Persia mezclaron á sus divinas y santas tradiciones algunos elementos de la religión de aquel país. Las costumbres, la ciencia y el idioma de los griegos estuvieron muy de moda entre los más distinguidos judíos, y ejercieron grandísima influencia en sus opiniones religiosas, sobre todo en Egipto. Aquí hasta habían perdido en gran parte el uso y el conocimiento de la lengua hebrea y caldea, lo que hizo necesaria para ellos una traducción griega del Antiguo Testamento. Hízose esta traducción por los cuidados y á costa del rey Ptolomeo Lago (por los años de 320 ántes de Jesucristo) en la versión llamada de los *Seten-*

(1) Cf. Jos. *Antiq.* XV, 2; XII, 2, 4; XII, 1, 3. *Idem*, *De Bello Jud.*, II, 36; VII, 3. Tac., *Annal.*, II, 85. *Hist.*, V, 5.



ta (1), por haber trabajado en ella setenta doctores judíos de los más distinguidos en el conocimiento de las Escrituras, asistidos por el Espíritu divino.

El contacto de los judíos con los pitagórico-platónicos dió origen á una filosofía religiosa muy particular, que Aristóbulo fué el primero en formular de una manera muy notable (por los años de 160 ántes de Jesucristo), pero que no se sistematizó completamente hasta que lo hizo el judío Filon (2) (hacia el año 40 de Jesucristo). Este filósofo tiende á armonizar el judaísmo y el paganismo, procurando penetrar más en el conocimiento de la revelación mosaica y á concebirla más espiritualmente que los judíos. De aquí su exégesis alegórico-mística, y la admisión de las ideas y de la contemplación platónicas.

Para conservar en toda su espiritualidad la idea de Dios, que parece no poder entrar en contacto con el mundo material, admite seres intermedios emanados de Dios, y manifestándose en formas más ó menos degradadas (*Logos logoi*). Parece que los hombres prácticos de esta secta filosófica y religiosa se habían propagado mucho en Egipto. La más célebre de sus reuniones ascéticas es la de los *terapeutas* hacia el lago de Moeris, no lejos de Alejandría (3), que como más adelante los anacoretas, vivían de pan y agua, con frecuencia ayunaban, y habitaban en celdas aisladas (*semneois, monasteriois*). Filon deriva su nombre de *Therapeia Theou*; otros lo hacen derivar de *Therapeia Psyjes*; ambas explicaciones carac-

(1) Véase sobre la versión de los Setenta á Herbst, *Introducción hist. y crít. al estudio de la santa Escritura*; Carlsr. y Friburg., 1840, p. 144-155.

(2) Philonis, Opera, Francfort, 1691, y Staudenmaier, *Filosofía del crist. ó Metafísica de la Escritura santa*; Giessen, 1840, t. I, p. 360-462. En él se halla explicado todo el sistema de Filon. *Biblioth. sacra Patr.*; Lipt., 6. t. Grossmann, *Quæstiones Philonæ*; Lipz., 1829.

(3) Las principales fuentes en Philo, *De vita contemplativa*; Cf. Euseb., *Hist. eccles.*, II, 17, que considera á los *terapeutas* como cristianos; Bellermann, *Ensayo histórico sobre los asenis y los *terapeutas**, Berlín, 1821; Deenhe, *Exposición histórica de la filosofía judaico-religiosa de Alejandría*, Halle, 1834, 1.ª parte, p. 439.

terizan completamente la tendencia de los *terapeutas*.

Los judíos que permanecieron en el destierro, así como los que más tarde, no pudiendo reconquistar su independencia nacional, se dispersaron cada vez más entre todos los pueblos de la tierra, fueron los instrumentos de la Providencia en el divino plan de la educación de la humanidad. Íntimamente mezclados y confundidos con las naciones cuyo contacto les estaba en otro tiempo prohibido, á su vez se fueron haciendo accesibles á la civilización de las naciones extranjeras, y dejó el mosaísmo de estar aislado en el mundo. Sus activas relaciones con los pueblos más importantes de la antigüedad les pusieron en estado de echar, con el celo que les era peculiar, los gérmenes del verdadero conocimiento de Dios entre los gentiles, inspirarles gran respeto por el judaísmo, y propagar por toda la tierra la esperanza del próximo reino de Dios. Hacia la venida del Hijo de Dios, su proselitismo dió mayores resultados, á causa de la desolación que, como hemos visto, afligía á gran número de paganos que se hallaban convencidos de la insuficiencia del paganismo, y por lo mismo inclinados á admitir, con los judíos, si no toda la ley mosaica, al menos el monoteísmo ó adoración de un solo Dios. Estos *prosélitos de la puerta* abandonaban las vanas imaginaciones mitológicas, y se abstendían de ciertas prácticas del paganismo; y eran en bastante número, mientras que los *prosélitos de la justicia*, que admitían toda la ley y la circuncisión, eran muy raros ya. Otros, en fin, y no pocos, sin ser *prosélitos de la puerta*, procuraban, en medio de las ruinas de todas las religiones paganas, acallar momentáneamente su conciencia, practicando las ceremonias de los judíos y tomando parte en las solemnidades de sus fiestas religiosas.

En medio de las luchas políticas del tiempo de los Macabeos, se habían ido formando algunos partidos religiosos, que tuvieron grande influencia sobre la misma marcha de los sucesos políticos. Sus opiniones diversas acerca de las relaciones entre la religión y el Estado (fariseos y saduceos), ó acerca de las cosas puramente morales (esenios), los distinguieron des-



de luégo entre sí. En adelante se dividieron todavía más bajo el punto de vista político; los unos (los fariseos), oponiéndose con todas sus fuerzas á la supresión de la nacionalidad judía por la dominación griega y romana, y los otros sometidos á ella con ménos trabajo (los saduceos y esenios). Los fariseos pueden, pues, ser considerados como el partido de la legitimidad, defendiendo con celo las cosas y tradiciones antiguas, ateniéndose obstinadamente á la letra y á la forma, y perdiendo por esto mismo con facilidad el sentido y la esencia de las cosas. Los saduceos, al contrario, entreviendo la necesidad de un progreso, pero sin querer esperarlo, pretendían efectuarlo ellos mismos ó obtenerlo, introduciendo prácticas y costumbres extrañas y prohibidas, y afectando una libertad de opinión enteramente opuesta á la estéril ortodoxia de los fariseos. Entre estos dos partidos estaban los que, cediendo algo en el rigor de las tradiciones paternas, buscaban un asilo y un refugio en el recogimiento interior, y llevaban una vida mística y contemplativa, y se llamaban *Esenios* (1) ¿Se quiere caracterizar mejor todavía estas tres sectas? Los fariseos, á la par de los documentos auténticos y escritos de la religión, admitían una *tradicción*, comentario viviente, explicación oral y permanente de todas las dificultades de las escrituras (2). Por esto deferían á los doctores de la

(1) Sobre el cisma causado en el judaísmo por estas tres sectas, véase á Storberg, IV, p. 499-524. *Trium script. illustr.* (Drusii, Scaligeri et Senarii) de *trib. Judæor. sectis syntargma*, ed. Trygladius, Delphis, 1703, 2 t. en 4.º—Beer, *Hist. de las sectas relig. del judaísmo*, 1822.

(2) «Hay dos especies de tradiciones, dice Molitor: »la tradición escrita y la oral. La escritura sostiene al »tiempo en su rápido curso, y recoge y fija en rasgos »indelebles la palabra fugitiva, convirtiéndola en un »objeto permanente. Por esto la escritura es la más »segura de las tradiciones. Sin embargo, y á pesar de »esta ventaja, sólo da una imagen general y debilitada »de la realidad. Carece de la precisión que constituye »la vida. Por esto vemos que con frecuencia se le mez- »clan errores, y es preciso que la apoye y sostenga la »tradición oral, que es su intérprete vivo y animado. »De otra manera la Escritura sería una letra muerta, »no más que una pura abstracción.—En el mundo »antiguo, en que el hombre difería esencialmente de »lo que es en el nuestro; en el mundo antiguo, en

ley, creían deber deducir su nombre de uno hebreo, que traducido al griego significa *évegetès tou nóμου*, y formaban con la tradición oral (*hab balak*) una especie de teología especulativa que, por medio de una exégesis enteramente alegórica, se convertía en comentario del Antiguo Testamento. Más tarde se apoyaron en esta tradición para justificar la extraordinaria multiplicidad de ritos y ceremonias que habían introducido en la práctica de la ley. De esta manera el espíritu del rito se hallaba sofocado y aniquilado bajo la forma, y la ceremonia, despojada de su vida interior y de su profundo sentido, pasaba por la esencia de la religión. De aquí provenía su oposición á Jesús y á la adoración en espíritu y verdad que enseñaba, oposición tan pronta, tan determinada, tan tenaz, y en fin, tan decisiva. Cumplían las obras exteriores con una actividad prodigiosa, y con una escrupulosidad y un celo minuciosísimos, que con frecuencia les servían para cubrir la perversidad de sus corazones. Circunspectos por educación, todavía procuraban distinguirse de la multitud por su apariencia austera y santa. Esta tendencia característica á elevarse sobre el comun de los hombres, es lo que significa su nombre, derivado, según todas las probabilidades, de una palabra hebrea que quiere decir, *separados del pueblo, escogidos, piadosos* (1). Jesucristo se dirigió princi-

»que la reflexión no amenazaba matar la vida, y en »que eran más sencillas y naturales las relaciones, la »alianza de la palabra hablada y de la palabra escrita, »de la teoría y de la práctica, era observada con mu- »cho más rigor.—La existencia propia é individual de »cada ciencia, el espíritu verdadero, la vida del con- »junto, estaba en la palabra viva y la demostración »práctica que cada maestro transmitía á su discípulo »para que este último legase despues este misterioso »tesoro á sus herederos. Si al traves de toda la anti- »güedad, en el dominio del arte, lo mismo que en el »de la ciencia, la vida consistía más bien en una co- »municación oral que en la transmisión escrita, de se- »guro no debe sorprendernos el ver que lo que hay de »más santo, de más íntimo, de más propio para hacer »la felicidad del hombre, la religión, es explicado por »una tradición viviente que acompaña siempre á las »leyes civiles, é interpreta desde un punto de vista »muy elevado las oscuras lecciones del sagrado tex- »to.» 1.ª parte, p. 6-8.

(1) *Josefo*, Ant. XVII, 2-4. *Epiphán.* Haeres. 16, capítulo 1, in fine.



palmente contra este orgullo, contra esta santidad aparente (1), contra esta hipocresía ambiciosa (2). Los fariseos eran los verdaderos directores religiosos y políticos del pueblo; pero querían pasar también por los patricios de la nación, y empleaban toda su influencia en asegurar su dominación. Sin embargo, no podemos envolver en esta acusación de hipocresía á todos los fariseos, que, por otra parte, defendiendo la doctrina de la libertad humana y de la inmortalidad del alma, y por su inviolable adhesión á la divina palabra, eran incomparablemente superiores á los saduceos. Muchos de ellos obraban con rectitud y conforme á sus convicciones: tales fueron *Nicodemo*, *Gamaliel* y otros (3), como nos lo demuestra la historia de Nuestro Señor, y tales fueron también las cuevas de Hillel y de Schamai.

Los *saduceos* oponían á la rigorosa ortodoxia y á las piadosas prácticas de los fariseos el espíritu crítico y la libertad de pensar. Su nombre se deriva, según la traducción talmúdica, de un tal *Zadok*. Los saduceos pretendían reproducir el puro mosaísmo. Admitían los libros del Antiguo Testamento, porque estaban en armonía con el Pentateuco; pero se negaban á recibir la tradición, y atribuían poca importancia á las ceremonias. No se crea por esto que poseyesen grande conocimiento de las cosas santas, ni mucha capacidad para la verdad; pues se observa en todas sus opiniones religiosas un espíritu de indiferentismo, y se ve en todas sus maneras la codicia de los bienes terrestres y el deseo de una vida agradable y cómoda, que en nada se preocupa de las necesidades de la naturaleza superior del hombre (4).

(1) Mat., XXIII, 5-7; XIII, 28-32.

(2) Mar., VII, 2; Mat., XV, 2, 3; Juan, IX, 16.

(3) Juan, III, 1-20; Act. V, 37.

(4) Hé aquí lo que dicen las tradiciones del Talmud acerca del origen de la secta *Zadok*, que estudió bajo la dirección de Antigono Socho, y corrompió la enseñanza de su maestro. Antigono sostenía que se debía practicar la virtud sin respeto á la recompensa. *Zadok* se apoderó de este principio para negar un estado futuro de retribución y negar también una otra vida. —Grossmann, *De Philosoph. Saduceor.* Lips., 1836. Winer en su *Diccionario. bíblico*, presenta á los saduceos bajo un punto de vista más favorable.

No querían creer (1) en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas futuras, ni en la resurrección de los cuerpos. Parece que también habían negado la existencia de los ángeles y de los espíritus, y nominalmente de Satanás (2). Así la influencia de los saduceos, por otra parte poco numerosos, no podía ser muy considerable en un pueblo tan apegado á sus creencias como el de Judea.

Igualmente descontentos de la dirección que imprimían á las opiniones del pueblo los fariseos y saduceos, muchos judíos, especialmente de los que más profunda necesidad religiosa sentían, se retiraron á la soledad, y formaron la secta de los *Esenios* (3). Vémoslos en las orillas occidentales del Mar Muerto, llevando una vida ascética, viviendo en la más completa soledad, y esforzándose en realizar la idea principal de su doctrina, que consistía en sustraerse á las influencias de los sentidos, y librarse del yugo del cuerpo que aprisiona el alma, por medio de un método invariable y severo, y por la abstinencia y la práctica de algunas buenas obras. Querían formar una sociedad de hombres amigos de la verdad, proscribían el juramento, y sólo lo prestaban una vez, al entrar en la comunidad. Ocupábanse en la labranza, en apacentar ganados, en varios oficios, y sobre todo en estudiar y aplicar la medicina, de donde procede sin duda la etimología de su nombre, derivado de una palabra caldea que significa médicos del cuerpo y del alma. Su conocimiento de la medicina y de la naturaleza tenía sobre todo un carácter teosófico, y se gloriaban además de poseer un don particular de profecía. Por su dirección espiritual y sus opiniones religiosas, se parecen mucho á los terapeutas de Egipto. Sin embargo, Flavio Josefo llama á los esenios *Practicoi*, porque observaban una vida á la vez activa y contemplativa, y á los terapeutas los llama *Theoreticoi*, porque su vida era puramente contemplativa. Según Filon, que idealiza á los

(1) Mat., XXII, 23; Marc., XII, 18; Luc., X, 17; Joseph. Ant. XVIII, 1-4.

(2) Act. XXIII, 8.

(3) Filon los llama *Essaioi*, y Josefo *Essenoí*. —*Praesertim*, Stolberg, IV, 449-524 et supra, § 30.



esenios y los representa como modelos de sabiduría práctica, abominaban todo sacrificio, y pretendían no adorar á Dios más que en espíritu. Josefo, al contrario, asegura que tenían por santo el sacrificio, con tal que se celebrase á su manera. Observaban rigurosamente la solemnidad del sábado, vivían en comunidad de bienes, y se sometían, contra el primitivo espíritu de su secta, á una multitud de formas y prácticas exteriores que guardaban con inquieta exactitud, como las lustraciones, la abstinencia de las cosas impuras y los cuatro grados de su jerarquía. Así su piedad tenía á la vez un carácter místico y legal, contemplativo y servil. Hé aquí por qué fué tan grave el error de querer afiliarse directamente los esenios al cristianismo, según la opinión de Eusebio, supuesto que les faltaba la esencia misma del cristianismo. Todo lo más que se puede sospechar, es que las asambleas de los terapeutas quizás tendrían cierta influencia en la forma de vida de los monasterios cristianos.

Ninguna de estas sectas podía, pues, en definitiva ejercer una influencia preponderante sobre el espíritu religioso del pueblo. Los fariseos, devotos en la apariencia, ahogaban el sentido interior entre sus formas exageradas y su piedad siempre mezquina. ¿Qué virtud ni qué fe podían inspirar al pueblo la indiferencia y la duda de los saduceos? ¿Qué acción ni qué influencia podían ejercer sobre las masas los esenios solitarios?

El recuerdo de las luchas y del odio reciproco entre judíos y samaritanos (1) completa el cuadro de las divisiones religiosas de los judíos. Llamábanse samaritanos, de Samaria, antigua capital del reino de Israel. El origen de su separación religiosa se remonta hasta el tiempo de Salmanasar, cuando este vencedor, en lugar de los cautivos llevados á Babilonia,

envió babilonios y cutenos, que se marcharon al fin con los judíos que quedaron en Samaria (1). Semejante mezcla los hizo objeto del odio universal; pero ellos, aunque paganos de hecho, pretendieron entonces y siempre ser israelitas de origen. Tristes y deplorables desengaños les hicieron desear el volver al mono-teísmo, y tomar parte en la construcción del nuevo templo, pero fueron excluidos como idólatras (2). La reforma religiosa que deseaban no se efectuó, pues, hasta los tiempos de Alejandro el Grande, por el judío desterrado Manasés, quien introdujo de nuevo el Pentateuco entre los samaritanos, edificó, con la autorización de Alejandro y según un texto del Deuteronomio (XXVII, 4), un templo en el monte Garizim, y ordenó sacerdotes de la tribu de Leví. No obstante, su liturgia fué tan distinta de la del templo de Jerusalén (3), como los samaritanos de los judíos, no admitiendo más libros del Antiguo Testamento que el Pentateuco, y creyendo que el templo en que Dios debía ser adorado no podía estar más que en el monte Garizim (4). Seguían la doctrina nacional de un Dios, de la Providencia y el Mesías futuro (*conversor*), pero la comprendían de un modo mucho más lato que los judíos. Ambas naciones se dirigían mutuamente nombres injuriosos (5), se acusaban de idolatría, se rehusaban la hospitalidad (6), y hasta procuraban, al ir de viaje, no tocar nunca á sus respectivas fronteras. Muchas veces combatieron una contra otra, y se mantuvieron siempre irreconciliables, por cuyo motivo les reprendió amargamente Jesucristo con sus palabras (7) y sus acciones (8).

La influencia de los fariseos había hecho reinar entre los judíos, con una apariencia de justicia legal, el fanatismo y la impureza. En general comprendían la religión como una cosa exterior. La influencia ménos activa de los sa-

(1) Silv. de Sacy, *Memorias sobre el estado actual de los samaritanos*, París, 1812; Gesenius, *De Pentateuchi Samar. origine, indole et auctor.* Hal., 1815; Ejud., *Programma de Samar. theologia ex fontibus ineditis*, Hal., 1822; Ejud., *Carm. Samar. é codd. Lond. et Goth.*, Lips., 1824; Sieffert, *Progr. de temp. schismatis ecl. Judaeos inter et Samar. oborti.* Regiom. 1828, en 4.º

(1) II, Reyes, XVII, 24; II, Paralip., XXX, 1.

(2) II, Reyes, XVII, 29.

(3) Nehem., XIII, 28.

(4) Juan, IV, 19.

(5) Ecles., IV, 28; Juan, VIII, 48.

(6) Lúe., IX, 53.

(7) Lúe., X, 25, 57.

(8) Juan, IV, 4; Lúe., IX, 52.



duceos habia dado por resultado la duda y las turbaciones del alma, y en medio de estas agitaciones religiosas, agravadas por el yugo de los romanos, se hacian sentir en todos los corazones el deseo y la esperanza de un mejoramiento exterior é interior. Pero cuanto más atribulada se veía la fe de los judíos, más inclinados se sentían éstos á interpretar las gloriosas promesas del Mesías, segun sus deseos terrestres y sus opiniones mundanas. Esperaban un guerrero fuerte y poderoso, conquistador y dominador de la tierra. Sólo un corto número de entre ellos, representados por los esclarecidos personajes del Nuevo Testamento, Zacarías, Elisabet, Simeon, Ana, María, etc. (1), esperaban en un Mesías, libertador del pecado y del error. Precisamente al fin del período á que hemos llegado, apoyándose los judíos en la última profecía de Daniel, relativa á las setenta semanas de años (490 años) (2), aguardaban al Mesías prometido con una impaciencia redoblada cada dia por la tiranía de los sucesores de Heródes y de los gobernadores romanos, siéndoles sobre todo odioso el yugo de Roma. Tenían tan grande esperanza de verse libres de él, y lo decían tan sin rebozo, que los paganos, y principalmente los romanos, lo supieron, y lo extrañaron tanto ménos cuanto ellos mismos, gimiendo bajo la nueva tiranía de los emperadores, y habiendo perdido toda creencia religiosa, desdeñaban el culto de sus padres, y deseaban ardientemente un libertador que pusiese término á su incertidumbre, curase sus llagas, calmase sus angustias, y les inspirase viva confianza en Dios (3).

De modo que por todas partes se esperaba al *Deseado de las naciones*, como lo habia predicho el Profeta, y como nos lo recuerda todos los años la Iglesia, al entonar durante el adviento el antiguo himno: *Rorate caeli, desuper, et nubes pluant Justum!* Jamás el Verbo eterno habia dejado de obrar en el mundo y de derramar su luz y su vida sobre la humanidad degenerada; pero el mundo no lo habia comprendi-

(1) Lúe., I-II.
(2) Dan., IX, 24.
(3) I, Petr., II, 25.

do (1), y los suyos, los judíos y los paganos, no lo habian recibido, ni habian llevado aún frutos de vida.

Entonces fué cuando el Hijo de Dios dejó las mansiones eternas de su Padre, y se hizo hombre, para vivificar, reconciliar, libertar, ilustrar y santificar á los hombres, y conducir todo á su fin eterno por medio de su gracia y su verdad (2). «Jesucristo, dice San Agustin, apareció á los hombres en medio de un mundo viejo y agonizante, para vivificar y rejuvenecer todo lo que en torno de ellos se hallaba mustio y caído.» «Sobre todas las estrellas, exclama en un piadoso y profundo entusiasmo San Ignacio de Antioquía, saludando la venida del Hombre-Dios, sobre todas las estrellas del cielo brillaba una estrella de inefable luz y de maravillosa pureza, y en torno suyo formaban esplendente coro todos los astros del firmamento, y el sol y la luna, recibiendo todos de esta estrella única y misteriosa la claridad y la luz. Y cuando apareció el Señor bajo forma humana para dar vida á todo lo que sin ella perecía, fué abolida toda magia, rotas las cadenas del pecado, la ignorancia disipada y arruinado el imperio del mal (3).» «Había llegado *la plenitud de los tiempos* (4), y Dios enviaba su Hijo para rescatar á los que se hallaban bajo la ley y hacerlos sus hijos de adopción.» Aquel era el momento más favorable para fundar y establecer la influencia universal del cristianismo. Jamás se habia deseado tanto una religion en espíritu y verdad, ni nunca el mundo se habia encontrado mejor preparado para ella; iba desapareciendo y borrándose la encarnizada oposicion entre judíos y paganos, y se iba refundiendo en el universal sentimiento de la desolacion interior y de la opresion externa. El estado político de la mayor parte de los pueblos civilizados los habia maravillosamente preparado para la saludable accion del cristianismo. Roma extendia

(1) Juan I, 5, 9, 10, 11.
(2) Juan, I, 12-14.
(3) Ep. ad Ephes., XIX.
(4) Gal. IV, 4; Rom. V, 6; Ephes. I, 10; Tít. I, 3.
Cf. Hug. Introd. al Nuevo Testamento, 3.^a edicion, 2.^a parte, p. 30.



á la sazón su imperio sobre casi todo el mundo antiguo conocido: en el Occidente de este inmenso imperio predominaban la lengua y las costumbres de Roma, y en el Oriente las conquistas de Alejandro habian hecho triunfar la civilizacion griega que, en la época de los emperadores, habia extendido su influencia hasta la misma Roma. ¡Cuánto no habia de contribuir á facilitar la predicacion del Evangelio, el conjunto de tantos pueblos sujetos á una misma dominacion! Pablo escribe en griego á los habitantes de Corinto y de Filipos, á la oriental Éfeso lo mismo que á la occidental Roma, á los asiáticos como á los europeos. El amor á las conquistas habia producido entre los romanos, en lugar de su severidad primitiva, una grande tolerancia con todos los cultos extranjeros. Generalmente se admitía la doctrina de que los mismos dioses habian ordenado y prescrito diversos cultos, y que por consiguiente éstos debían tolerarse recíprocamente, mientras se circunscribiesen al país ó pue-

blo á que pertenecían. De aquí habian resultado grandísimas ventajas para el sincretismo religioso. La invasion de los cultos extranjeros habia no obstante sido tal en Roma, á pesar de la ley vigente que exigía la autorizacion del Estado, que se renovaron las leyes *circa sacra peregrina* (1), hasta que al fin el cristianismo, vencedor del mundo, se manifestó á los romanos en la plenitud de su fuerza y su verdad. ¿Es posible no reconocer la mano de la Providencia en todos esos preparativos, tan favorables al anuncio y propagacion del cristianismo? ¡Con qué júbilo exclamamos con el grande Apóstol: «Dios encerró todas las cosas en incredulidad, para usar con todos de misericordia! ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios é impenetrables sus caminos! (2).»

(1) 327, a. U. c.

(2) Rom. XI, 32, 33.